
MEDIOS DE COMUNICACIÓN Y EDUCACIÓN CÍVICA

Ricardo Rocha Reynaga

Gracias por esta oportunidad de reflexionar juntos sobre este tema tan importante: “El uso de los medios de comunicación para la educación cívica”. Quisiera, primero, agradecer a los organizadores de este foro por el esmero puesto en la preparación de este encuentro. Gracias.

Como es evidente, yo no soy político. Al menos, no en los términos de ejercer una representación popular. No soy electo cada tres años, aunque sí cada día o cada semana el radioescucha o el teleauditorio me somete a su escrutinio y decide si me quiere seguir escuchando en su radio receptor, si me quiere seguir viendo en las pantallas de su televisor.

Mi trabajo es público y, con frecuencia, eminentemente político. Mis ideas, mis inquietudes, se nutren de ese trabajo público que realizo. Me dedico a informar, pero cada día debo confrontar mis ideas, mis inquietudes con las de quienes me escuchan y me ven. Lo que aquí diga tiene esa característica: son mis convicciones, pero nacen de un trabajo comunitario. Creo que, sin proponérmelo, ésta es una forma de hacer política. Entiendo que por eso estoy aquí, para reflexionar con ustedes como un ciudadano que hace un trabajo público, un ciudadano que hace política.

En esa perspectiva, me propongo contagiarlos de mis ideas e inquietudes. No propongo pensar por ustedes, sino que pensemos juntos para que actuemos mejor.

Reflexionar sobre la educación cívica en el momento actual de México es un asunto de la mayor importancia. Nuestro país pasa por un mo-

mento decisorio que puede resultar también decisivo para el futuro del país. En ese contexto me gustaría detenerme un poco para hacer un recuento de los cambios que hemos vivido en materia política.

México ha pasado de un sistema político presidencialista con partido de Estado dominante, a un presidencialismo con sistema de partidos, caracterizado por la presencia de tres fuerzas predominantes y una variedad de corrientes minoritarias. Hoy el presidente de la República sigue siendo, por mandato constitucional, el jefe de gobierno, el jefe de Estado, el jefe de las fuerzas armadas y, por decisión de sus militantes, el jefe de su partido. Hoy día ningún partido tiene la mayoría absoluta en la Cámara de Diputados y la oposición representa casi el 40% del Senado de la República. Seis de las 32 entidades de la federación, incluida la capital del país, están gobernadas por partidos distintos al del presidente de la República. 40% de los diputados que integran las legislaturas estatales son de la oposición, mismo porcentaje de la población del país que es gobernada por la oposición. Las próximas elecciones federales plantean un conjunto de escenarios plenos de incertidumbre en el cual la única certidumbre parece ser que al próximo presidente de la República lo elegiremos con si acaso el 35% de los votos emitidos.

Este escenario hace pensar a muchos que el país está a punto de dar un salto democrático. Hay otros, quizá la mayoría, que ante este panorama electoral se preguntan: ¿y a mi qué? Estas voces de desencanto provienen, sobre todo, de ciudadanos que no conocen la política, que no creen en ella, o que han adoptado un criterio demasiado pragmático o utilitario de la política.

Yo escucho con demasiada frecuencia a los ciudadanos de mi país quejarse de la política y de los políticos. Me preocupa. Sobre todo cuando ese desencanto lo expresan los jóvenes. La imagen que los jóvenes tienen de los políticos es la de seres corruptos, viciados, soberbios, mentirosos, arrogantes, arbitrarios, abusivos e, incluso, criminales. Para muchos de los que así piensan no hay distinciones. Generalizan incluso tratándose de un partido y de otro. Los escucho condenarlos sin piedad; destinarlos a todos a la hoguera, al paredón, sin reservas. Culparlos de todo, de la pobreza, de la impunidad, de la inseguridad y hasta del clima. Los oigo decir que no tienen voluntad; que son débiles porque no mandan a la cámara de gases, por igual, al “mochaorejas” o al “orejotas”.

Me preocupo más cuando los oigo decir que la política es un asco, repulsiva, que no sirve para nada, o que sirve únicamente para que los políticos se hagan ricos.

A mí me da la impresión de que los ciudadanos nos hemos equivocado más que los políticos. Creo que la política es una cosa demasiado seria como para dejarla exclusivamente en manos de los políticos. Y eso hemos hecho. Con un gesto de asco en el rostro, le hemos dado la espalda a la política y la hemos dejado exclusivamente en manos de los políticos.

Pensamos que la democracia es el voto. Nos contentamos con responder al llamado de las urnas y ya. Ciertamente, la política en la democracia se expresa en el voto, pero es mucho más que eso. La política es la oportunidad que se da el ser humano para dirimir, en paz, sus diferencias. La política es la oportunidad de decidir con prudencia sobre el futuro, el nuestro y el de nuestros hijos. La política es una simple conversación entre ciudadanos. La política es garantizar la integridad, la dignidad, la libertad ciudadana; la mía y la de usted, la de todos.

Los ciudadanos que sin más desprecian la política, olvidan que en las democracias, perfectas o imperfectas, los políticos están donde están porque, de alguna manera, ahí los enviamos los ciudadanos con nuestro voto. Los ciudadanos pragmáticos que así piensan caen en el garlito, porque son los malos políticos, los políticos corruptos, son los políticos que se sirven de la política, los más interesados en que cada vez haya menos ciudadanos participando activamente en la política.

Tengo la impresión de que en México olvidamos con demasiada frecuencia los principios, las ideas, los ideales que deben presidir toda acción política. Creo que para defender la política como una actividad noble del ser humano deberíamos apelar a estos principios. Recordar, por ejemplo, que la política es discreta, pero no secreta. Que los actos políticos deben ser transparentes ante el ciudadano. Recordar que los políticos tienen intereses privados, intereses de partido e intereses generales que defender. Los ciudadanos debemos vigilar que el político no confunda unos con otros ni se sirva de unos en nombre de otros. La política es una acción social, pero la dignidad individual, los derechos humanos de los ciudadanos, son intocables. A fin de cuentas, querámoslo o no, la política es el juego que todos jugamos.

Y es que creo que todos sabemos quiénes son los responsables de que este desencanto por la política se vaya generalizando en nuestra sociedad. Creo que a mí, al menos, me queda clara la responsabilidad que los comunicadores tenemos ante ese fenómeno. Creo también que ustedes advierten el caldo de cultivo que todos estamos fermentando y quiénes son los beneficiarios potenciales de esta situación. Espero que entre nosotros nadie haya olvidado la lección política de este siglo.

¿Qué ha ocurrido en México con la educación cívica? Por decreto se abolió de la educación básica. En materia política hemos incurrido en una confusión tremenda a la hora de hacer educación cívica. Lo que los medios hemos hecho, no sé si bien o mal, son largas y costosas campañas electorales. Hemos hecho promoción del voto, pero no auténtica educación cívica.

Lo que hemos hecho muy bien los medios es tocar las campanas para convocar al llamado a las urnas. Para eso nos buscan los políticos, para que les llevemos los electores a las urnas; para eso sí hemos emprendido grandes cruzadas. Pero eso no es educación cívica. Educación cívica es, para decirlo en unas cuantas palabras, despertar en el ciudadano el *deseo* de participar en la vida pública, en su entorno social, en su municipio, en su distrito, en su estado, en su nación.

Recurro aquí a la palabra “deseo” (que por lo demás es muy bonita) en la acepción más dilatada y divertida del diccionario: “Movimiento enérgico de la voluntad hacia el conocimiento, posesión o disfrute de una cosa”. Creo que ése debe ser el objetivo primario de la educación cívica: poner en movimiento la voluntad ciudadana hacia el conocimiento, la posesión y el disfrute de la política; para ser parte de la política, para recibir una parte de la política y compartir con otros ideas, pensamientos, opiniones.

Se trata, en última instancia, de formar, o más precisamente de “contribuir a formar” ciudadanos informados, ilustrados, responsables, participativos, capaces de manejar sus propios asuntos por medio de representantes democráticamente electos. Se trata, sí, de crear una auténtica y colectiva conciencia ciudadana.

Si bien es cierto que la política es, querámoslo o no, un juego que todos jugamos, no me hago aquí la ilusión de pensar en todos los mexicanos haciendo política, pero sí me atrevo a soñar en cada vez más mexicanos suficientemente informados y responsables participando en la vida pública de mi país.

En ese contexto, creo que cualquier esfuerzo que se haga en materia de educación cívica debe caminar sobre el firme eje de restituirle a la política la nobleza de sus objetivos. Definir con claridad los valores éticos que la norman y, de paso, enseñar al ciudadano a distinguir principios intemporales de personalidades sexenales.

Una última reflexión sobre las campañas electorales. Me parece que son demasiado largas y costosas. Me parece que en muy poco contribuyen a la educación cívica del ciudadano. Me parece que dan

un triste espectáculo cuando compiten con despensas en la mano a la caza del voto.

Creo que una meta ideal a la que podrían adherirse incluso los partidos políticos es revertir la tendencia actual de gastar más en campañas electorales donde predominan las personalidades sobre los principios, y menos en educación cívica. Creo que ciudadanos responsables, ciudadanos informados acudirán por su cuenta a la búsqueda de los principios que ponen en oferta los candidatos para decidir por quién votar.

Finalmente, me interesa reflexionar sobre quién debe asumir esta tarea. Sin más vueltas creo que es una tarea inherente al Estado en su conjunto. El marco jurídico bajo el cual opera el Instituto Federal Electoral, entre paréntesis el mayor logro de la larga lucha democrática del pueblo mexicano, es incuestionable para atribuirle esta tarea. El IFE ciudadanizado reúne las características esenciales para esta labor. Lejos de las tentaciones de adoctrinar, el IFE es garante de los valores éticos que deben normar la política en México.

Con esta idea, no rehuyo la responsabilidad de los medios. Creo que en los medios debemos involucrarnos seriamente, con pasión y energía, en esta tarea bajo las luces del IFE. En este contexto, los medios, la radio, la prensa escrita, el cine, las bardas, los postes, los espectaculares, la televisión, con su penetración y su avanzada tecnología, son una formidable herramienta de difusión.

El reto es de todos. Y dependerá de todos y cada uno de nosotros dejar pasar esta única oportunidad histórica o asumir de una vez por todas el desafío y acceder, al fin, al país que por historia y sangre nos merecemos.